

Episodios alcazareños

El hospital viejo

Por amabilidad de Recesvinto he visto unas fotografías de la Casa de la Cultura que me han gustado mucho.

En Alcázar ya no hay que decir quién es Recesvinto porque se pinta solo con ese nombre egregio que es para el caso mas singular que un mote, hasta el punto que teniendo otros motes mas difundidos en la Villa nadie se los dice y aún del nombre mismo le quitan la mitad, sin que eso le merme claridad a su denominación. A la gente le cayó largo el nombrecito y se quedó en el comienzo viendo que se le distinguía bien y le llamó *Reces*, con el que pasará a la historia, porque no le faltan atributos ni cualidades para merecerlo. El apócope intuitivo del personal ha estado a punto de dejarlo en el *Re* musical que es lo que le baila por el cuerpo y hace vibrar su alma de poeta.

La contemplación de estos salones me ha dejado un poco melancólico rememorando el hospital viejo, sus cambios y sus rendimientos.

Durante muchos años fue el único lugar a que pudieron acogerse las personas necesitadas, hasta que los buenos sentimientos de Don Federico convirtieron su molino de aceite en la gran obra de la calle de las Cruces.

La función hospitalaria fue larga y de manifiesta utilidad para los desamparados, como fue especial acierto convertir sus locales en escuelas de primera enseñanza que recordarán por muchos años cuantos aprendieron a deletrear en ellas. Fueron dos funciones activas, directas, inmediatas y continuas, de las que todo el mundo palpaba, efectuadas con sacrificio de los ejecutantes, que es lo bueno y casi sin recursos de ninguna clase.

En aquel terreno tan pobre y tan arrinconado como bien aprovechado, se ha hecho por lo visto un gran edificio cuyo beneficio acreditará el tiempo.

Recuerdo a este propósito lo vivido en el Hospital General de Madrid en aquellos quirofanillos hechos aprovechando rincones y trabajando como negros poco menos que con las uñas, dando lugar al arranque de todos los progresos de la cirugía actual que ha mejorado tantísimo en utensilios pero no superior a la anterior en manos y menos en cabezas.

Todos los sabios —Cajal mismo en su buhardilla— lograron sus adelantos en circunstancias estrechas y de pobreza, acuciados por la ilusión, la esperanza y la necesidad y si después alcanzaron la comodidad entraron con ella en la rutina y en la decadencia.

Esto quiere decir que lo importante y lo primero es el pájaro, no la jaula y que los buenos pajareros han sido siempre los que paja a paja se han hecho su pajarera. Las jaulas lujosas y los salones cómodos son de lo mejor para dormir y engordar, pero no para criar. La crianza